

RUIPÉREZ, Martín S., *El mito de Edipo. Lingüística, psicoanálisis y folklore*, Madrid, Alianza Editorial, 2006, 138 págs.

El 21 de marzo de este año, con el inicio de la Primavera, en la sala principal de la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, se reunieron con el autor, Martín S. Ruipérez, los helenistas Luis Gil, Antonio Guzmán y Emilio Crespo, presidente de la Fundación mencionada, para comentar el libro que aquí reseñamos, *El mito de Edipo*. Seguramente elogiaron este libro no sólo por su densidad científica, por las aportaciones interpretativas novedosas y la tradicional claridad del autor, sino también porque en Ruipérez se reconoce la sabiduría de un profesor de quien muchos españoles y no pocos latinoamericanos nos enorgullecemos.

El nombre de nuestro autor es bastante conocido en toda Europa debido a sus méritos en los campos de la lingüística griega, de la lingüística comparada y de la micenología. De manera especial, podemos decir que él fue uno de los primeros estudiosos que aplicó el método estructuralista al análisis de la expresión de los tiempos y de los aspectos del verbo griego, además de difundir la reconstrucción de las desinencias medias indoeuropeas, confirmadas, después de él, por los documentos micénicos (II milenio a. C.). En Francia, las tres Universidades de Nancy lo nombraron doctor *honoris causa* en noviembre del 2003. Este gran profesor transmite una sabiduría didáctica y clara, sin jamás excederse, pues para él “la claridad es la cortesía del filólogo”.

---

PALABRAS CLAVE: Edipo, filología, folklore, lingüística, mito, psicoanálisis.  
RECEPCIÓN: 29 de septiembre de 2006.  
ACEPTACIÓN: 16 de octubre de 2006.

Para esta reseña, empezaremos con un breve comentario bibliográfico. Las fuentes utilizadas por Ruipérez implican una gama muy diferenciada de especialidades filológicas: desde la lingüística griega (Schwyzer, Chadwick, Ruijgh, Heubeck o Chantraine y el mismo autor), sin olvidar las literaturas griegas tradicionales y los estudios específicos sobre Sófocles y la tragedia del siglo v a. C., hasta los no menos famosos estudiosos del mito (Nilsson, Harrison, Gentili, Kerényi, Arne) y, al fin, los antropólogos franceses (Vernant, Vidal-Naquet o Detienne) y, de manera especial, el estructuralismo ruso de Propp. Pero también hemos de aludir a Freud, Lévi Strauss y su escuela y a muchos otros investigadores de diversos aspectos del mito, desde Wilamowitz hasta Calame, Cameron, Vian o Zimmermann, a partir de los cuales el autor ha desarrollado sus interpretaciones sobre el mito de Edipo, obteniendo conclusiones originales.

Los autores citados nos permiten comprender mejor el subtítulo del libro: análisis del mito de Edipo a partir de los estudios lingüísticos, del psicoanálisis y del folclore. Dada la escasa existencia de documentos literarios, figurativos y tablillas micénicas, necesarios para el caso, Ruipérez tuvo que recurrir a elementos lingüísticos y etnológicos que le permitieron adentrarse en la prehistoria del mito. Así pues, la búsqueda del mismo se comprende en las siguientes palabras del autor:

Un mito es un producto histórico que ha surgido y ha ido evolucionando a lo largo del tiempo (...). La historia de un mito no es la historia de sus elementos aisladamente considerados, sino la sucesión de las fases por las que ha ido pasando, cada una de ellas es una estructura con sentido. La cronología de sus componentes es un criterio básico para esta comprensión histórica... (pp. 8-9).

La perspectiva histórica es ineludible, como lo señala Ruipérez, pero, además, hay que rescatar también el hecho de que en una sociedad primitiva el mito es una expresión de la comunidad o, mejor dicho, la expresión de un “pensamiento colectivo”, de allí que “el mito de Edipo es un cuestionarse sobre el núcleo mismo de la familia cuando el hombre ha descubierto (ya desde la domesticación de animales en el Neolítico) el nexo de causa-efecto entre la relación sexual hombre-mujer y el nacimiento de un nuevo ser”

(p. 46), es decir, en el paso de una sociedad matriarcal a la patriarcal, de una sociedad pregriega matrilineal a la nueva sociedad patriarcal que los indoeuropeos llevaron a Grecia y en donde la mujer no logró adaptarse rápida y fácilmente, ni como esposa, ni como madre.

Pero hay una pregunta fundamental: ¿por qué Freud en este libro? Sabemos que prácticamente ningún helenista se ha interesado en discutir la interpretación freudiana respecto al “complejo de Edipo”. Sin embargo, en esta obra el asunto era necesario porque, en efecto, el mito de Edipo no habría sido conocido universalmente sin la aportación de Sigmund Freud. Es cierto que a lo largo de muchos siglos la tragedia de Sófocles fue considerada como la versión de un sueño elemental en el que Edipo manifiesta sus deseos reprimidos de niñez: amor a la madre y odio al padre. Esta idea resulta evidente en las palabras de Yocasta del *Edipo Rey* (vv. 891-892), con las cuales ella pretende evitar las indagaciones de Edipo sobre su propio destino, al decir: “Muchos mortales han dormido en sus sueños con su propia madre”. Allí Freud encuentra el descubrimiento del ser masculino, que se enamora de la madre y convierte al padre en un enemigo al que quiere aniquilar. Pero en la tragedia sofoclea el problema es diferente, como subraya Ruipérez, ya que Edipo no conocía a sus padres, de manera que él no padecía el complejo que planteó y desarrolló Freud. Ruipérez, sensatamente aclara: “Parece como si Freud, después de detectar en sus pacientes de Viena un determinado estado psíquico, se hubiera topado con el mito de Edipo y así se le hubiera ocurrido dar el nombre de Edipo a ese estado” (p. 33).

Para los psicoanalistas freudianos, la mitología griega se convirtió en un entramado de *libidines*, de pasiones incestuosas y hasta la esfinge resultó la simbolización del padre al que había que matar. Para Ruipérez, el análisis de los mitos y de los personajes específicos no debe interpretarse así, sino que —insiste— debe desarrollarse con un sentido histórico.

Luego de realizar una síntesis sustantiva de las interpretaciones históricas del mito, la mitología y la religión griegas, Ruipérez nos lleva a reflexionar, primero con Martín P. Nilsson, arqueólogo e historiador de la religión —de quien el autor tradujera su *Historia de la religiosidad griega* (Madrid, Gredos, 1969)— sobre el carácter de cuento popular del mito de Edipo (cf. M. P. Nilsson, *The*

*Mycenaean Origin of Greek Mythology*, Berkeley, University of California Press, 1932) considerando también, que en los grandes centros del mundo micénico se situaban los mitos heroicos.

Para el autor, los cuentos populares contienen dos elementos, “los nombres de las personas y los motivos que constituyen los temas”. De allí que existan dos capítulos sustanciales en el libro: el quinto, *Los personajes y sus nombres*, empezando por Edipo, Yocasta, con un excursus sobre el nombre micénico del “hijo”, luego con Layo, Lábdaco, Eteocles y Polinices, Ismene y Antígona y, finalmente, Tiresias y, el sexto, *Principales motivos que componen el mito*: la profecía, la exposición del niño, el pie anormal, el parricidio, la esfinge y el incesto y terminando con el acceso al trono (pp. 56-102).

Después, de la mano de Propp, conocemos las clasificaciones para organizar el material mítico europeo, siguiendo con la antropología estructural encabezada por Lévi-Strauss, en búsqueda de los motivos aislados que encuentran las estructuras organizadoras que dan significado al conjunto. Finalmente, Ruipérez concluye que es ineludible una perspectiva histórica en el estudio del mito, en virtud de que ésta es la única que permite llegar a una certeza de carácter científico.

Para animar al público a la lectura fructífera de esta obra —que, si bien es breve, es sustanciosa, propia de un filólogo sabio—, ejemplificaremos el método utilizado en este libro con los motivos de la esfinge.

Para un conocimiento detallado del monstruo al que vence Edipo, Ruipérez recomienda el libro de L. Edmunds, *The Sphinx in the Oedipus Legend* (Beiträge zur klass. Philologie, 127, Hain, 1981b) y discute el error tradicional de la antropología estructural al aceptar como motivación del surgimiento de la esfinge, la invención tardía de Eurípides sobre el rapto del efebo Crisipo de parte de Layo, por lo que Hera castiga a Tebas. En cambio, el autor, concordando con Propp (trad. española: *Edipo a la luz del folklore*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1980), considera que la lucha con el monstruo se revela como un cuento popular donde hay un sometimiento del novio en trabajos difíciles, a partir de “la princesa-madre”, en este caso.

Ruipérez recoge todas las fuentes que aluden al monstruo, desde las más antiguas hasta las de la época helenística con la poetisa Corina. Significativo era el teatro clásico —dice Ruipérez—, donde la esfinge aparece en el ágora de Tebas o en la acrópolis, sobre una

roca o sobre una columna de capitel jónico, cuestión que —según el autor—, demuestra la influencia de Delfos en este nuevo aspecto del mito sobre la creación de la profecía o advertencia divina de acuerdo con la cual Layo no debía tener hijos (cf. pp. 53-55).

Respecto a la literatura y a las representaciones figurativas (elementos que aparecen en el libro: copa de Ámsterdam, del Vaticano y de Nueva York, así como las cráteras de Malibú, Viena, Munich, Madrid, Boston y Lecce), la esfinge aparece con alas de hoz o de ave, siempre como muchacha, conforme a la tradición griega de los monstruos femeninos (Medusa, Gorgona, Quimera, Lamia, Sirena, Erinia, Escila y Caribdis).

Sobre la etimología, nos deleita Ruipérez con las siguientes afirmaciones:

En el testimonio más antiguo que la menciona (Hesíodo, *Teogonía*, 326) su nombre es *Phix*, y *Phikeîon* es el del monte en que habita. Con esta forma está de acuerdo el latín *Pix* (ya en Plauto) y *picātus*, “con las patas en forma de esfinge” (en Festo), préstamos pasados a Italia, como tantos otros del mundo religioso y mítico de Grecia, ya en época temprana con las masivas exportaciones de cerámica griega. La adopción de la forma *Sphinx* (*Sphínx*, *-in- gós*), cuya cronología no debe remontarse a otra causa que no sea al cruce de *Phix* con el verbo *sphíngein*, “apretar circularmente, ahogar”, con lo que el nombre resultaba descriptivo del modo como el monstruo daba muerte a sus víctimas (p. 99).

Finalmente, el *ainigma* es un motivo “de claro aroma popular” atestiguado hacia el 540-530 a. C., pero la lucha cuerpo a cuerpo de Edipo con el monstruo no se registra antes del 450. Por otro lado, vale la pena mencionar la exquisitez del trabajo filológico de Ruipérez cuando él testimonia que el acertijo se lee “aunque fragmentario, en un vaso del siglo VI” (J.-M. Moret, *Oedipe, la sphinx et les thébains, Essai de mythologie iconographique*, I-II, Génova, Institut Suisse de Rome, 1984), mencionando luego las alusiones de principios del siglo V

y habrá que esperar al siglo IV a. C., para disponer de un texto completo gracias al historiador Asclepiades de Trágilos: el acertijo consiste en adivinar cuál es el ser bípedo, cuadrúpedo y trípodo que cambia de figura y camina más despacio cuanto más son las patas en que se apoya.

En la tendencia a sustituir la solución del enigma por la lucha con el monstruo parece adivinarse un intento de racionalizar el mito, desplazando un motivo inverosímil (p. 99).

Sobre el historiador arriba citado, es oportuno señalar la nota que aparece en el libro, cuya exquisitez es manifiesta:

(n. 22) Asclepiades, discípulo de Isócrates, escribió una obra *Tragōidouména* sobre los mitos en la tragedia. El texto del oráculo nos ha sido transmitido por Ateneo 456 B, por un escolio de Eurípides, *Fenicias* 50, y por dos manuscritos de las tragedias de Sófocles. Figura como fr. 244 F 110<sup>a</sup> en los *Fragmente der griechischen Historiker* de Jacoby (p. 118).

No es posible describir detalladamente todos los capítulos de discusiones lingüísticas y filológicas, pero sí es necesario señalar, por lo menos, algunas de las interpretaciones originales del autor. Por ejemplo, haciendo un estudio lingüísticamente riguroso (cf. Ruipérez, “El nombre de Layo”, en *Estudios Clásicos*, 87, pp. 167-172, Madrid 1982), el significado de Layo, el padre de Edipo, no es el que los antropólogos consideraron como el hombre “torcido” o el “ladeado”, especulación errónea que los llevó a discutir el aspecto de la homosexualidad de Layo, asociada al rapto del joven Crisipo que, como arriba hemos visto, se refiere a una etapa posterior del cuento popular. El significado proviene de *Laios*, no de *Laiós*. Así, Edipo es el “zurdo”, coherente con el criterio de las supersticiones populares en relación con las manos, izquierda y derecha, en donde la primera implica mal agüero. Según esto, el asesinato de Layo no tiene que ver con una culpa hereditaria de parte de Edipo, como decían los antropólogos, sino que él resulta ser inocente del acontecimiento ocurrido; más bien era Layo, en el mito popular, quien era el culpable, por pretender pasar por su izquierda (la de mal agüero) que indudablemente chocaría con la derecha de Edipo.

En cuanto a Edipo, Ruipérez demuestra que éste pertenece a un grupo de personajes populares, ya que en su nombre, el elemento *-pod* tiene que ver con los curanderos míticos y, en especial, con Podalirio y Melampo, de la familia de Asclepio, así que en su nombre está el actuar como un verdadero curandero al liberar a

Tebas del monstruo y al ser rey, al liberar al pueblo de calamidades. Su personalidad original, la popular, se desdibuja paulatinamente con la integración de otros motivos, como el de llegar a ser hijo de reyes.

En el nombre de Edipo no existe connotación alguna de símbolo sexual, erótico o fálico. Hay que pensar más bien en los aspectos etnológicos de la “escuela de Cambridge” de donde Dodds es el mayor representante. En este caso, el nacimiento de Edipo tiene que ver con el haber nacido de pies, no de cabeza, como normalmente acontece. Esta *mana*, en general, es positiva, pero hay una negatividad en el caso de Edipo, “el del pie hinchado”, por lo que su desarrollo histórico será muy peculiar.

Finalmente, después de una oportuna excavación filológica, las conclusiones de Ruipérez resultan convincentes: el mito de Edipo proviene de un cuento popular atemporal, sin un espacio fijo, mientras que el motivo de la profecía es un invento *ex eventu*. En el vencimiento del monstruo (la esfinge) se encuentra el matrimonio con la princesa (reina viuda).

Luego, en la fase micénica y homérica, donde no se encuentra la descendencia entre Edipo y su madre, pero sí el incesto, de allí el nombre de Yocasta, “la famosa por su hijo”, quien se suicida ahorcándose. En esta etapa, a pesar de que las Erinias de esta madre persiguen al joven, él continuará con el trono y morirá después a causa de una guerra por un raptó de ganado. Aquí la conclusión para Ruipérez es evidente: en esta época sólo existen tres personajes en el mito, a saber: Edipo, Layo y Yocasta.

Las modificaciones posteriores se deben a la “manía cíclica” del pueblo: ¿qué pasó antes?, ¿qué sucedió después? En la *Ilíada* se citan a Eteocles y Polinices (dos o tres generaciones anteriores a la guerra de Troya, después de 1300 a. C.) en un combate en mutuo fratricidio. Este elemento se encontraba en las coordenadas de tiempo y lugar precisos, en el momento de una lucha interna en el mundo micénico (Argos contra Tebas). Así pues, la culpa hereditaria de Edipo debía saldarse en el lugar, Tebas, y en el tiempo, hacia el 1300 a. C. La integración de estos jóvenes con el mito de Edipo le da una auténtica historicidad. Además, se encuentra al padre de Layo, Lábdaco, pero sólo a partir de la adopción de la escritura fenicia, hacia el 850 a. C. Sin embargo, la “cojera” de este personaje

no es explicable, ya que se encuentra en los cauces del cuento popular.

Ya para el primer milenio a. C., está consolidado el matrimonio incestuoso y la creación de los hijos: Eteocles y Polinices, así como Antígona e Ismene. Pero hay un hecho que debe rescatarse y es que en la *Oidipódia* (cf. Pausanias) estos hijos nacen de un matrimonio posterior. Tradicionalmente se consideraba que Esquilo era el creador de la truculenta innovación de Yocasta y Edipo con los hijos. Pero, el descubrimiento de un fragmento papiráceo (Papyrus Lille 76) de Estesícoro de Himera del siglo VI a. C., en el año 1987, permitió encontrar “viva” a Yocasta, tratando de reconciliar a sus hijos. Esto demuestra, pues, que los trágicos de la época clásica más bien recogieron y no inventaron la tradición. Pero la innovación específica sí se da en Eurípides, en el episodio arriba mencionado del rapto del efebo Crisipo por Layo, donde los antropólogos estructuralistas han pretendido ver, en el mito de Edipo, el primer eslabón de la trágica cadena de culpas y castigos contenida en la primitiva leyenda de los Labdácidas. Error cronológico contundente, como lo demostró Ruipérez en este libro: la etnología y la lingüística permitieron encontrar la fase preliteraria.

*El mito de Edipo. Lingüística, psicoanálisis y folklore* es un ensayo científico que integra históricamente los nombres y las acciones de los diversos personajes de este mito, que obtuvo una fortuna literaria que la tradición occidental ha incorporado a su mentalidad cultural. ¡Enhorabuena por la aparición de este libro que, como se ha dicho en España, fue escrito con una transparencia exquisita!

Silvia AQUINO LÓPEZ